

Prólogo

Vuelven a poner en la tele *Barney el Dinosaurio*. Odio a Barney y el tema musical introductorio de la serie. La letra va acompañada de la melodía de «Yankee Doodle Dandy».

Veo cómo los niños saltan, brincan y rebotan en los enormes brazos abiertos de color lila del dinosaurio, y luego aparto la vista y contemplo la habitación en la que estoy. Aquí los niños están inmóviles en el suelo o arrellanados en butacas. Una cincha me mantiene sujeto a mi silla de ruedas. Mi cuerpo, como el de ellos, es una cárcel de la que no puedo escapar: cuando intento hablar, no emito sonido alguno; cuando quiero que mi brazo se mueva, permanece inmóvil.

Solamente hay una diferencia entre los niños y yo: mi mente salta y baja en picado, da volteretas y saltos mortales intentando liberarse de sus límites, provocar un relámpago de gloriosos colores en un mundo gris. Pero nadie lo sabe, porque no puedo decírselo. Creen que soy una cáscara vacía, motivo por el cual he pasado los últimos nueve años en este lugar, día sí día también, escuchando a *Barney* o *El rey león* y, justo cuando pensaba que la cosa no podía empeorar, llegaron los *Teletubbies*.

Tengo veinticinco años, pero mis recuerdos del pasado comienzan en el momento en que empecé a regresar a la vida desde algún lugar en el que anduve perdido. Era como ver destellos de luz en las tinieblas, mientras escuchaba hablar a la gente en mi decimosexto cumpleaños y se preguntaban si tendrían que afeitarme la pelusa de mi barbilla. Me daba miedo escuchar lo que decían, porque, aunque carecía de recuerdos o de sentido del pasado, estaba convencido de que era un niño, y

aquellas voces hablaban de alguien a punto de convertirse en un hombre. Entonces, poco a poco, me di cuenta de que estaban hablando de mí, al tiempo que empecé a comprender que tenía una madre y un padre, un hermano y una hermana, a los que veía al final de cada día.

¿Has visto alguna vez una de esas películas en la que alguien se despierta siendo un fantasma, pero no sabe que ha muerto? Pues eso me pasaba a mí, porque era consciente de que la gente me miraba sin mirarme, y no entendía por qué. Por mucho que intentaba rogar y suplicar, gritar y vociferar, no lograba que nadie me viera. Mi mente estaba atrapada dentro de un cuerpo inútil; mis brazos y piernas eran cosas que no podía controlar, y no tenía voz. No podía hacer señas o emitir sonidos para hacer saber que había recuperado la consciencia. Era invisible: el chico fantasma.

De manera que aprendí a guardarme el secreto y me convertí en un testigo silencioso del mundo que me rodeaba, mientras mi vida transcurría como una sucesión de días idénticos. Han transcurrido nueve años desde el día en que volví a ser consciente, y durante este tiempo he escapado usando la única cosa que tengo, mi mente, para explorarlo todo, desde el negro abismo de la desesperación hasta el paisaje psicodélico de la fantasía.

Así fueron las cosas hasta que conocí a Virna, y ahora ella es la única que sospecha que oculta en mi interior hay una consciencia activa. Virna piensa que comprendo más cosas de las que nadie cree posible. Quiere que lo demuestre mañana, cuando me sometán a una prueba en una clínica especializada en dar voz a los silentes, donde ayudan a comunicarse a todo el mundo, desde personas con síndrome de Down y autismo hasta quienes padecen tumores cerebrales o lesiones derivadas de una embolia.

Una parte de mí no cree que en esa clínica abran la puerta a la persona que hay dentro del caparazón. Me costó tanto tiempo aceptar que estaba atrapado dentro de mi cuerpo, asimilar lo inimaginable, que tengo miedo a pensar que quizá pudiera cambiar mi destino. Pero, por mucho miedo que tenga, cuando pienso en la posibilidad de que alguien se dé cuenta, por fin, de que estoy aquí, siento cómo las alas de un ave llamada esperanza se agitan suavemente dentro de mi pecho.

1

Contando el tiempo

Paso mis días en un centro de acogida situado en los suburbios de una gran ciudad sudafricana. A una distancia de pocas horas hay colinas cubiertas de matojos amarillentos, donde acechan los leones en busca de presas. Detrás de ellos van las hienas, que aprovechan los despojos, y al final vienen los buitres, con la esperanza de picotear las últimas tiras de carne pegada a los huesos. No se desperdicia nada. El reino animal es un ciclo perfecto de vida y muerte, tan infinito como el propio tiempo.

He llegado a entender tan bien la infinitud del tiempo que he aprendido a perderme en su interior. Pueden pasar días, por no decir semanas, en las que me desconecto y dentro de mí todo es oscuridad; es una nada a la que lavan y alimentan, a la que pasan de la silla de ruedas a la cama; o bien me sumerjo en los diminutos fragmentos de vida que veo a mi alrededor. Las hormigas que transitan por la tierra existen en un mundo de guerras y escaramuzas, batallas que ganan o pierden, y yo soy el único testigo de una historia tan sangrienta y terrible como la de cualquier pueblo.

He aprendido a dominar el tiempo en vez de ser su recipiente pasivo. Pocas veces veo un reloj, pero he aprendido a saber qué hora es fijándome en la distribución de la luz solar y de las sombras a mi alrededor, después de que me diera cuenta de que podía fijarme dónde daba la luz cada vez que escuchaba a alguien preguntar la hora. Entonces utilicé los puntos fijos que me proporcionan tan implacablemente los días que paso aquí (una bebida a las diez de la mañana, el almuerzo a las once y treinta, una bebida a las tres de la tarde) para

perfeccionar la técnica. Después de todo, he tenido muchas oportunidades de practicar.

Esto significa que ahora puedo plantar cara a los días, mirarles a los ojos y contarlos minuto tras minuto, hora tras hora, mientras dejo que me llenen los sonidos silenciosos de los números: la sinuosidad suave de los seises y los sietes, el satisfactorio *staccato* de los ochos y los unos. Después de perder una semana entera haciendo esto, agradezco vivir en un lugar soleado. Si hubiese nacido en Islandia, quizá jamás habría aprendido a dominar el reloj. Por el contrario, he tenido que permitir que el tiempo me sumergiese sin cesar, erosionándome poco a poco como a un guijarro en la playa.

Para mí es un misterio cómo sé las cosas que sé: que Islandia es un país de oscuridad y luz extremas, o que después de los leones vienen las hienas y más tarde los buitres. Aparte de la información de la que me saturó cada vez que está puesta la televisión o la radio (las voces como un sendero del arco iris que lleva a la olla de oro que es el mundo exterior), no recibo lecciones ni nadie me lee libros. Esto me hace preguntarme si las cosas que sé son aquellas que aprendí antes de ponerme enfermo. Es posible que la enfermedad haya hecho estragos en mi cuerpo, pero mi mente sólo fue un rehén temporal.

Ahora es mediodía, lo cual quiere decir que pasarán menos de cinco horas hasta que mi padre venga a recogerme. Es el mejor momento de la jornada, porque significa que por fin puedo dejar atrás el centro de día, cuando papá me recoge a las cinco de la tarde. No puedo describir lo entusiasmado que me siento los días que viene mi madre cuando acaba de trabajar a las dos.

Ahora empezaré a contar los segundos, luego los minutos, luego las horas, y si tengo suerte conseguiré que mi padre llegue un poquito antes.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Espero que papá encienda la radio del coche para que podamos escuchar la retransmisión del partido de críquet mientras vamos para casa.

—¿Y eso?! —exclama cuando un bateador es eliminado.

Lo mismo dice mi hermano David si está enfrascado en un juego de ordenador cuando yo estoy en el cuarto.

—¡He subido de nivel! —exclama a veces mientras sus dedos vuelan por el teclado.

Ninguno de los dos tiene idea de lo mucho que valoro esos instantes. Cuando mi padre aplaude cuando anotan una carrera o mi hermano frunce el ceño, frustrado, cuando intenta mejorar su puntuación, imagino en silencio las bromas que les haría, las palabrotas que soltaría con ellos si pudiera, y durante unos breves y preciosos instantes dejo de sentirme como un espectador.

Ojalá papá venga pronto.

Treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco...

Hoy me siento el cuerpo pesado, y la cincha que me sujeta se me clava en la carne a pesar de la ropa. Me duele la cadera derecha. Ojalá alguien me tumbase para aliviar el dolor. Estar sentado durante horas no resulta tan descansado como podrías imaginarte. ¿Has visto episodios de dibujos animados en los que alguien se cae por un barranco y cuando se estrella contra el suelo, ¡patapam!, se hace trizas? Así es como me siento, como si me hubiera partido en un millón de pedacitos y cada uno de ellos me doliera. La gravedad es dolorosa cuando aplasta a un cuerpo que no está preparado para soportarla.

Cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve. Un minuto.

Quedan cuatro horas y cincuenta y nueve minutos.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Por mucho que lo intento, mi mente vuelve a centrarse en el dolor de la cadera. Pienso en el personaje de los dibujos, el que se hace trizas. A veces me gustaría estrellarme contra el suelo como él y quedar reducido a añicos. Porque a lo mejor entonces, como le pasa a él, podría incorporarme y volver a recomponerme milagrosamente antes de salir corriendo.

2

En las profundidades

Hasta los doce años fui un niño normal, quizá más tímido que la mayoría y no de esos que no paran, pero un niño sano y feliz. Lo que más me gustaba era la electrónica, y tenía tal talento natural que ya a los once años mi madre me dejaba reparar los interruptores, porque llevaba años montando circuitos electrónicos. Gracias a mis aptitudes podía añadirle un botón de reseteo al ordenador de mis padres, y montar un sistema de alarma para proteger mi cuarto de mis hermanos pequeños, David y Kim. Los dos estaban decididos a invadir mi diminuto reino de Lego, pero el único ser vivo al que permitía la entrada en él, aparte de mis padres, era a nuestro pequeño perrito amarillo llamado *Pookie*, que me seguía a todas partes.

Con el transcurso de los años he escuchado atentamente durante incontables reuniones y citas, de modo que me enteré de que en enero de 1988 volví a casa del colegio quejándome de dolor de garganta, y ya no volví a pisar un aula. Durante las semanas y meses siguientes dejé de comer, empecé a dormir muchas horas al día y me quejaba de lo mucho que me dolía caminar. Mi cuerpo empezó a debilitarse a medida que dejaba de usarlo, y mi mente también: primero olvidé hechos, luego cosas habituales como regar mi bonsái, y, al final, incluso rostros.

Para intentar ayudarme a recordar, mis padres me dieron un marco con fotos de la familia, algo que podía llevar a todas partes, y mi madre, Joan, cada vez que mi padre, Rodney, estaba fuera por negocios me ponía un vídeo donde salía él. Pero aunque tenían la esperanza de que las repeticiones impedirían que los recuerdos escapasen

de mi mente, la cosa no funcionó. Mi comunicación oral fue empeorando mientras olvidaba lentamente quién era yo y dónde estaba. Las últimas palabras que pronuncié fueron cosa de un año después de caer enfermo, mientras estaba acostado en la cama de un hospital.

«¿Cuándo a casa?», pregunté a mi madre.

Pero nadie podía comunicarse conmigo mientras mis músculos se echaban a perder, mis miembros se volvían espásticos y mis manos y pies se engarfiaban como garras. Para asegurarse de que no me muriese de hambre a medida que mi peso caía en picado, mis padres me despertaban para darme de comer. Mientras mi padre me mantenía erguido, mi madre me daba cucharadas de comida, y yo tragaba instintivamente. Aparte de eso, no me movía; no reaccionaba ante nada. Estaba sumido en una especie de coma vigilante que nadie entendía, porque los médicos no pudieron diagnosticar su origen.

Al principio, los médicos pensaron que mi problema era de origen psicológico, y pasé varias semanas en la unidad psiquiátrica. Fue sólo cuando tuvieron que trasladarme a urgencias porque me deshidraté, después de que los psicólogos no pudiesen convencerme de que comiera o bebiera nada, cuando acabaron aceptando que mi enfermedad era física, no mental. De modo que me hicieron escáneres cerebrales y electrocardiogramas, resonancias magnéticas y análisis de sangre, y me administraron tratamiento contra la tuberculosis y la meningitis criptocócica, pero no llegaron a un diagnóstico concluyente. Probaron una medicación tras otra: cloruro de magnesio y potasio, anfotericina y ampicilina; pero nada surtió efecto. Había traspasado las fronteras del conocimiento médico. Estaba perdido en la tierra donde anidan los dragones, y nadie podía rescatarme.

Lo único que podían hacer mis padres era ver cómo me iba alejando de ellos día tras día; intentaron que siguiera caminando, pero a medida que mis piernas se debilitaban cada vez tenían que sostenerme más; me llevaron a hospitales por toda Sudáfrica, donde me hicieron una prueba tras otra, pero no encontraron nada; escribieron cartas llenas de desespero a expertos en Estados Unidos, Canadá e Inglaterra, quienes respondieron que, sin duda alguna, sus colegas sudafricanos estaban haciendo todo lo que podía hacerse.

Los médicos tardaron cosa de un año en admitir que se les habían acabado las opciones de tratamiento. Lo único que podían decir es que yo padecía un trastorno neurológico degenerativo, de origen y diagnóstico desconocidos, y aconsejar a mis padres que me ingresaran en una residencia para dejar que la enfermedad siguiera su curso. Educada, pero firmemente, la medicina se lavó las manos respecto a mi caso, diciendo a mis padres, en pocas palabras, que ingresaran hasta que mi muerte nos librase a todos del problema.

De modo que me llevaron a casa, donde me cuidaba mi madre, quien renunció a su trabajo como radióloga para estar a mi lado. Entretanto, mi padre pasaba tantas horas trabajando como ingeniero mecánico que a menudo no llegaba a casa a tiempo para ver a David y a Kim antes de que se acostaran. La situación era insostenible. Más o menos después de un año de estar en casa, cuando yo tenía catorce años, mis padres decidieron que debía pasar mis días en un centro de día para personas aquejadas de parálisis cerebral, donde estoy ahora, pero que volvería a casa todas las noches.

Pasaron los años y yo viví en mi mundo tenebroso. Mis padres llegaron incluso a poner colchones en la sala de estar para que ellos, Kim y David pudieran vivir como lo hacía yo, al nivel del suelo, con la esperanza de estrechar vínculos conmigo. Pero yo estaba tumbado como una cáscara vacía, inconsciente de lo que me rodeaba. Entonces, un día, empecé a regresar a la vida.



La última foto como una familia «normal», sacada en 1987.

3

Salir a respirar

Soy un animal marino que se arrastra por el fondo del mar. Aquí está oscuro. Hace frío. Por encima de mí, por debajo, y a mi alrededor, no hay otra cosa que oscuridad.

Pero entonces comienzo a ver rastros de luz que brillan por encima de mi cabeza. No entiendo lo que son.

Algo me dice que debo intentar alcanzarlos. Eso me impulsa hacia lo alto mientras pataleo intentando asirme de los rayos luminosos, que se mueven erráticos en la superficie, muy lejos de mí. Danzan enhebrando tapices de oro y sombra.

• • •

Mi vista se centra. Estoy mirando un zócalo. Sé que no tiene el aspecto que presenta normalmente, pero ignoro cómo sé esto.

• • •

Un susurro en mi rostro: es viento.

• • •

Capto el aroma de la luz del sol.

• • •

Música, alta y metálica. Niños que cantan. Sus voces vienen y van, primero potentes y luego amortiguadas, hasta que al final se apagan.

• • •

Una alfombra entra en mi campo visual. Es un torbellino de negros, blancos y marrones. Fijo la vista en ella, intentando que mis ojos se mantengan firmes, pero la oscuridad viene a reclamarme otra vez.

• • •

Me frotan la cara con un paño húmedo y siento que mis mejillas arden con desaprobación, mientras una mano sujeta con firmeza mi cuello. «No tardaremos nada —dice una voz—. Tenemos que asegurarnos de que eres un chico limpio, ¿no?»

• • •

Los ramalazos de luz se vuelven más brillantes. Estoy más cerca de la superficie. Quiero salir al exterior, pero no puedo. Todo se mueve demasiado rápido, mientras que yo estoy inmóvil.

• • •

Huelo algo.

Tiro de mis globos oculares hacia arriba. Los siento muy pesados.

Hay una niña pequeña delante de mí. Está desnuda de cintura para abajo. Tiene la mano manchada de marrón. Suelta una risita mientras intenta abrir la puerta.

—¿Adónde vas, señorita Mary? —pregunta una voz, y un par de piernas entran al extremo de mi campo de visión.

Escucho cómo se cierra la puerta y luego una exclamación de disgusto.

—¡Otra vez no, Mary! —exclama la voz—. ¡Mira mi mano!

La niña pequeña se ríe. Su alegría es como un soplo de viento que abre un surco sobre la arena que se extiende por una playa lisa y desierta. Siento cómo vibra en mi interior.



Una voz. Alguien está hablando. Dos palabras: «dieciséis» y «muerte». No sé qué quieren decir.



Es de noche. Estoy en mi cama. En casa. Miro alrededor en la penumbra. A mi lado veo una hilera de ositos de peluche, y a mis pies hay algo. Es *Pookie*.

Pero cuando desaparece aquel peso familiar, siento que despego. Estoy confundido. No estoy en el mar. Ahora estoy en la vida real. Pero aún siento como si flotase, dejando mi cuerpo y elevándome hacia el techo de mi habitación.

De repente me doy cuenta de que no estoy solo. A mi alrededor se congregan presencias alentadoras. Me consuelan. Quieren que las siga. Ahora comprendo que no hay motivo para quedarme aquí. Estoy cansado de intentar llegar a la superficie. Quiero abandonar, entregarme a las profundidades o a las presencias que me acompañan ahora, cualquiera de las dos que me reclame primero.

Pero entonces me invade un pensamiento: no puedo dejar a mi familia.

Están tristes y yo soy la causa. Su pena es como un sudario que me envuelve cada vez que traspaso la superficie de las olas. Si me voy, no tendrán nada a lo que aferrarse. No puedo irme.

El aire penetra en mis pulmones. Abro los ojos. Vuelvo a estar solo. Lo que estuviera conmigo se ha marchado.

Ángeles.

He decidido quedarme.

4

La caja

Aunque recuperé la consciencia, no entendía plenamente lo que me había pasado. De la misma manera que un bebé no nace sabiendo que no puede controlar sus movimientos ni hablar, yo no pensaba en lo que podía o no podía hacer. Por mi mente cruzaban pensamientos a los que nunca quise ponerles palabras, y no era consciente de que el cuerpo que veía cómo se retorció o estaba quieto era el mío propio. Tardé un tiempo en comprender que estaba completamente solo en medio de un océano de personas.

Pero a medida que mi consciencia y mis recuerdos empezaron a cohesionarse lentamente, y que mi mente fue restableciendo el vínculo con mi cuerpo, comencé a entender que yo era distinto. Recostado en el sofá mientras mi padre veía una competición de gimnasia en televisión, me quedé fascinado al ver aquellos cuerpos que se movían con tanta desenvoltura, la fortaleza y la potencia que manifestaban en cada uno de sus giros. Entonces bajé la vista a un par de pies que veía a menudo, y me di cuenta de que eran los míos. Lo mismo pasaba con las dos manos que temblaban incontroladamente cada vez que las veía cerca. También formaban parte de mí, pero no podía controlarlas en absoluto.

No estaba parálítico; mi cuerpo se movía, pero con total independencia de mí. Mis miembros se habían vuelto espásticos. Los sentía distantes, como si estuvieran recubiertos de cemento, y no podía controlarlos. La gente no dejaba de intentar inducirme a mover las piernas (los fisioterapeutas me las doblaban contorsionándolas, y eso me dolía, mientras intentaban que los músculos siguieran funcionando), pero no era capaz de moverme sin ayuda.

Las pocas veces que caminaba era para dar unos pocos pasos arrastrando los pies mientras alguien me sujetaba, porque si no hubiera caído al suelo como un plomo. Si intentaba comer solo, mi mano manchaba de comida mi mejilla. Si me caía al suelo, mis brazos no se movían instintivamente para protegerme, de modo que aterrizaba de cara. Cuando estaba en la cama, no podía darme la vuelta, de modo que me quedaba horas en la misma posición hasta que venía alguien a moverme. Mis miembros no querían abrirse ni ser fluidos; en lugar de eso, se doblaban sobre sí mismos como si fueran caracoles que se ocultasen en su concha.

Igual que un fotógrafo ajusta cuidadosamente la lente de su cámara hasta que la imagen está clara, mi mente tardó tiempo en centrarse. Pero mientras mi cuerpo y yo estábamos enzarzados en un combate infinito, mi mente se iba fortaleciendo lentamente a medida que los retazos de mi consciencia se iban cohesionando.

Poco a poco fui consciente de cada día y de las horas que los componían. La mayoría eran triviales, pero hubo momentos en que vi cómo se desarrollaba la historia. El recuerdo de cuando nombraron presidente a Nelson Mandela en 1994 es borroso, pero la muerte de Diana de Gales en 1997 es un recuerdo diáfano.

Creo que mi mente empezó a despertarse en torno a los dieciséis años, y a los diecinueve volvía a estar intacta: yo sabía quién era y dónde estaba, y comprendía que me habían arrebatado una vida de verdad. Estaba totalmente sepultado.

Eso fue hace seis años. Al principio quise luchar contra mi destino dejando algunas pequeñas señales que condujesen a otras personas hacia mí, como aquellas migas de pan que Hansel y Gretel dejaron tras de sí para ayudarles a encontrar el camino de salida en aquellos bosques tenebrosos. Pero poco a poco entendí que mis esfuerzos nunca serían suficientes: aunque estaba volviendo a la vida, nadie entendía por completo qué estaba pasando.

Mientras recuperaba lentamente el suficiente control de mi cuello como para mover la cabeza hacia abajo y a la derecha, levantándola de vez en cuando o sonriendo, los demás no comprendieron qué significaban esos nuevos movimientos. No creían que los milagros pasaran dos veces: yo ya había sobrevivido a las previsiones de los médicos

cuando dijeron que moriría inevitablemente, de modo que nadie pensó en una segunda intervención divina. Cuando empecé a «contestar» que sí o que no a preguntas sencillas, moviendo la cabeza o sonriendo, pensaron que esto era un mero indicio de una mejora muy básica. Nadie se planteó que la mejora en mis respuestas significase que, de alguna manera, mi inteligencia estuviera intacta. Hacía mucho tiempo les habían dicho que mi cerebro estaba muy dañado, de modo que cuando aquel joven con brazos y piernas de palo, mirada vacía y labios babeantes levantaba la cabeza de vez en cuando, eso es lo que veían.

De manera que me cuidaron (me dieron comida y bebida, me limpiaban y lavaban), pero les pasé desapercibido. Una y otra vez pedía a mis miembros rebeldes que hicieran alguna señal, que demostrasen a alguien que todavía estaba allí, pero nunca hacían lo que les exigía.



Estoy sentado en mi cama. El corazón me late deprisa mientras mi padre me desviste. Quiero que sepa, que comprenda que he regresado a él. ¡Tiene que verme!

Observo mi brazo, concentrando mi voluntad para moverlo. Hasta la última fibra de mi ser se condensa en este instante. Observo mi brazo, rogando, presionando, amonestando y suplicando. Mi corazón da un vuelco cuando siento que responde a mis ruegos. Sacudo el brazo por encima de la cabeza. Por fin señalo el camino de vuelta hacia mi persona con ese tipo de señal que he invertido tanto tiempo en hacer.

Pero cuando miro a mi padre, en su rostro no se lee ni la conmoción ni la sorpresa. Se limita a seguir quitándome los zapatos.

¡Papá! ¡Estoy aquí! ¿Es que no lo ves?

Pero mi padre no se entera. Sigue desvestiéndome, y mi mirada se desliza involuntariamente hacia mi brazo. Sólo entonces me doy cuenta de que no se está moviendo. Por poderosa que parezca mi esperanza, su única manifestación externa es una leve sacudida muscular cerca de mi codo. El movimiento es tan discreto que estoy seguro de que mi padre nunca lo verá.

Me invade la ira. Estoy seguro de que voy a reventar. Jadeo en busca de aire.

—¿Te encuentras bien, hijo? —pregunta mi padre cuando escucha mi respiración agitada, levantando la vista.

No puedo hacer otra cosa que quedarme mirándole, rogando que mi desesperación silenciosa se transmita de alguna manera.

—Vamos a meterte en la cama, ¿vale?

Me pone la camisa del pijama y me tumba en la cama. La rabia me muerde el estómago. Sé que tengo que apaciguarla: si no lo hago, me dolerá demasiado. Tengo que perderme en la nada, porque si no me volveré loco.



En otras ocasiones intento gritar, con la esperanza de que si algún sonido escapase de mi pecho quizás alguien se preguntaría qué significa, pero no logro emitir sonido alguno. En años posteriores a veces intentaba hablar, pero siempre guardaba silencio. No podía coger un lápiz para garrapatear un mensaje o redactar un mensaje pidiendo ayuda. Estaba abandonado en mi propia isla, y a medida que me daba cuenta de que nadie me iba a rescatar, la esperanza se iba apagando en mi interior.

Primero llegó el espanto, y luego la amarga decepción, y me volqué en mí mismo para sobrevivir. Como una tortuga que se bate en retirada a su concha, intenté huir de la realidad por medio de la fantasía. Sabía que me iba a pasar el resto de la vida tan impotente como vivía cada día presente, y al final ya no intentaba responder o reaccionar, y contemplaba el mundo con una expresión vacía.

A otras personas les parecía una planta en una maceta: algo que había que regar y dejar en un rincón. Todo el mundo estaba tan acostumbrado a que yo no estuviera allí que ni se dieron cuenta cuando empecé a estar presente otra vez.

Después de todo, ya me habían metido en una caja mucho antes. Lo hacen con todos nosotros. ¿Eres el niño «difícil» o el amante «histriónico», el hermano «beligerante» o el cónyuge «sufrido»? Las cajas hacen que seamos más fáciles de comprender, pero también nos encierran, porque la gente no ve más allá de ellas.

Todos tenemos ideas fijas de los demás, aunque la verdad puede

ser muy distinta de lo que creemos ver. Por eso nadie se planteó qué podía significar que yo empezase a mejorar lo suficiente como para responder a preguntas sencillas como «¿Quieres un té?» moviendo la cabeza o sonriendo.

Para la mayoría de las personas que me conocían, yo no era más que un trabajo. Para el personal en el centro de día, era un objeto familiar al que no hacían caso después de tantos años; para los trabajadores sociales de otros centros a los que me enviaban cuando mis padres no estaban, era sólo un paciente de paso; y para los médicos que me examinaban, era «el paciente que no puede hacer gran cosa», memorable comentario que hizo un médico a su colega mientras yo estaba tumbado como una estrella de mar sobre la mesa de radiografías.

Entretanto, mis padres tenían trabajos a tiempo completo y otros dos hijos de los que cuidar, aparte de mí, pero lo hacían todo, desde cambiarme los pañales hasta cortarme las uñas de los pies. Satisfacer mis necesidades físicas consumía tanto tiempo y energía que no es de extrañar que mis padres no se detuvieran a pensar si yo habría derrotado las probabilidades médicas y me estaba recuperando de una forma que era milagrosa.

Por lo tanto, éste es el motivo de que me quedara dentro de la casilla en la que me habían metido tanto tiempo atrás. Era aquella que llevaba una etiqueta de una sola palabra: «IMBÉCIL».



Papá (Rodney) y Martin sentados en el sofá de casa.

5

Virna

El aroma del aceite de mandarina es intenso pero dulce mientras Virna me masajea el brazo. Sus manos se mueven como si fueran una sola mientras masajea los músculos plomizos. Mientras la observo, ella levanta la cabeza para sonreírme, y me pregunto una vez más cómo es que no percibí la esperanza en el momento en que entró en mi vida.

Para empezar, lo único que supe es que Virna nunca enseñaba los dientes cuando sonreía, y movía la pierna nerviosa cuando estaba sentada en una silla. Había empezado a trabajar en mi centro de día como cuidadora ayudante de las familias, y yo había percibido estos detalles sobre ella porque eso es lo que uno aprende a hacer cuando nadie le habla. Pero entonces Virna empezó a hablarme, y me di cuenta de que era una persona de la que no podría olvidarme jamás. Las palabras de la mayoría de personas me pasan cerca, me rodean, me pasan por encima, de modo que alguien que me trate como algo superior a un tubérculo se vuelve inolvidable.

Una tarde Virna me dijo que le dolía el estómago. Éste es el tipo de confesión que llevo años oyendo, porque la gente conversa confiadamente pensando que en realidad no estoy con ellos. Lo que yo no sepa sobre los problemas de salud de algunos de los terapeutas es que no vale la pena saberlo: una tiene un marido con alzheimer, otra tiene problemas de riñón, y otra tiene un tumor vaginal que casi le impidió ser madre.

Pero cuando Virna me hablaba era diferente. No hablaba conmigo misma, con otra persona o ni siquiera con la habitación vacía,

como hacía la mayoría. Se dirigía a mí, charlando como lo haría con alguien de su edad sobre los pensamientos que flotaban por su mente como motas de polvo en un rayo de sol. Era una conversación como podrían tenerla unos amigos de veintitantos años, pero para mí era una experiencia nueva. Pronto Virna empezó a contarme de todo, desde su tristeza por la enfermedad de su abuela hasta su nuevo cachorrito y aquel chico con quien tener una cita le hacía mucha ilusión. Me sentí casi como si estuviera haciendo mi primera amiga.

Ése fue el motivo de que empezase a mirar a Virna, que es algo que no hago habitualmente. Lo normal es que mi cabeza me parezca un bloque de cemento liviano cada vez que intento levantarla, y no es frecuente que esté al mismo nivel visual que otras personas, porque siempre estoy sentado en una silla o tumbado. Me requiere tanto esfuerzo que hace mucho tiempo que dejé de establecer contacto visual con personas que miran, pero nunca ven. Cada día me paso horas sentado con la vista fija en el vacío. Pero eso cambió cuando Virna empezó a hacernos masajes de aromaterapia a mí y a algunos de mis compañeros, para aliviar nuestros brazos y piernas retorcidos. Tumbado boca arriba mientras ella masajeaba mis músculos doloridos, podía dejar que mis ojos siguieran sus movimientos mientras ella me hablaba, y poco a poco empecé a atisbar desde la concha a la que me había retirado.

Virna me miraba como si me viera, algo que nadie había hecho desde hacía mucho tiempo. Se dio cuenta de que mis ojos eran realmente las ventanas a mi alma, y cada vez estuvo más convencida de que yo entendía lo que me contaba. Pero ¿cómo podría convencer a nadie más de que aquel chico invisible y aletargado era capaz de algo más?

Los meses se convirtieron en un año, y luego en dos. Entonces, hace cosa de seis meses, Virna vio un programa en televisión sobre una mujer a la que ayudaron a comunicarse después de que una embolia la dejase muda. Poco después asistió a una jornada de puertas abiertas en un centro cercano, donde escuchó a expertos que hablaban de lo que se podía hacer para ayudar a quienes no pueden hablar, y volvió a contarme emocionada todo lo que había descubierto.

—Usan interruptores y aparatos electrónicos para ayudar a la gente a comunicarse —me dijo—. ¿Crees que podrías someterte a una prueba de evaluación, Martin? Estoy segura de que sí.

Otros miembros del personal también habían ido a aquella jornada, pero no estaban tan convencidos como Virna de que yo pudiera ser un candidato idóneo.

—¿De verdad piensas que está en condiciones? —preguntó uno de ellos.

La mujer se inclinó hacia mí con la sombra de una sonrisa en los labios, y yo sonreí para intentar indicarle que comprendía lo que decía. Pero mis dos únicos gestos, que fueron inclinar convulsivamente la cabeza hacia abajo y a la derecha y sonreír, se interpretan como las reacciones reflejas de una mente subdesarrollada, el tipo de respuestas que puede ofrecer un niño de seis meses, de modo que ella no les prestó atención.

La terapeuta me observó y dejó escapar un suspiro mientras su sonrisa se desvanecía. Me pregunté si sabría que el aliento le olía amargo porque se había tomado un café hacía poco.

—¿Te puedes imaginar algo más ridículo? —le dijo a una amiga cuando Virna se hubo ido—. No hay manera de que éstos puedan comunicarse.

Las dos mujeres pasearon la vista por la sala.

—¿Quizá Gertje?

Contemplaron a un niño pequeño que jugaba allí cerca con un cochecito de juguete.

Las mujeres guardaron silencio un momento, antes de que su vista descansara sobre mi persona. No dijeron una palabra mientras me observaban allí sentado en mi silla de ruedas. No hacía falta. Sé que me consideran uno de los pacientes menos activos en un lugar donde el único requisito para entrar es tener un CI de 30 o inferior.

A pesar de todas estas dudas, Virna se mostró inflexible. En su interior se había encendido una hoguera de convicción. Después de decir a los demás una y otra vez que pensaba que yo entendía lo que me decían, había hablado con mis padres, quienes aceptaron someterme a una prueba. Mañana me llevarán a un lugar donde puede ser que, por fin, alguien me ofrezca la llave de la puerta de mi celda.

—Vas a hacerlo lo mejor que puedas, ¿verdad? —me dice Virna mientras me mira.

Percibo que está inquieta. Las dudas cruzan su rostro como las sombras de las nubes que se desplazan por el horizonte en un día soleado. Le devuelvo la mirada, deseando que fuera posible decirle que emplearé hasta la última fibra de mi ser para aprovechar al máximo una oportunidad que nunca pensé que llegaría. Ésta es la primera vez que me van a evaluar de esta manera, y haré todo lo que pueda para transmitir algún pequeño indicio de que soy digno de esa atención.

—Por favor, haz todo lo que puedas, Martin —dice Virna—. Es muy importante que les demuestres lo que puedes hacer, porque sé que eres capaz.

La miro. En las comisuras de sus ojos brillan las lágrimas. Su fe en mí es tan grande que debo recompensarla.